

El Congreso Mundial Vasco

JOSÉ M.^a LORENZO ESPINOSA*

ES posible que si el II Congreso Mundial Vasco, celebrado durante 1987, hubiera confesado perseguir objetivos de orden elitista, pudiera presumir ahora de haberlos alcanzado en no poco grado.

Se podrá objetar que, más o menos, todos los Congresos presentan esta característica. Pero de lo que se trataba en este caso, era de propiciar un debate «no sólo científico, sino también social», según la propaganda oficial del Congreso. Y si por social entendemos lo perteneciente o relativo a la sociedad en su conjunto, es de temer que se haya malogrado una buena parte de tan loable intención.

Por un lado, y esto es bastante lógico, el interés en torno a las secciones ha estado polarizado por especialistas, profesionales, o personas sobradamente iniciadas en las distintas materias. Sin que ello pueda ser esgrimido en demérito de nadie, sí que ha supuesto a priori una primera limitación para la proyección social de las ponencias y debates. Junto a esto tenemos otro de los aspectos más criticables del Congreso: el de su parca divulgación en los grandes medios de comunicación. Salvo en las semanas iniciales del Congreso, la limitación y la cortedad informativas fueron las notas dominantes en los medios locales y nacionales. Además, las crónicas se centraban en figuras o temas atrayentes para el gran público, o se llenaban de tópicos y ambigüedades que poco o muy poco hacían por una auténtica extensión social del quehacer científico vasco.

Es difícil saber si detrás de esta actitud estaba la consabida pereza intelectual de los grandes medios, o había una cuestión de fondo, denunciada por alguno como operación de imagen del Partido Nacionalista, con la que no se ha querido colaborar.

SEPARACIÓN DE CULTURAS

En cualquier caso es incuestionable que el Congreso ha dejado patente, una vez más, la separación entre la cultura científica y la denominada cultura de masas. Más de uno por esto mismo, cargado de razones populistas, podía preguntarse si no estamos ante otro caso de oportunidad perdida. Porque las cifras manejadas por el Congreso han sido notables, incluso para nuestra sensibilidad educada en la macroestadística. Por lo que sabemos, se habrán gastado más de 600 millones en la preparación y realización de las 34 secciones especializadas. Se han tratado prácticamente todos los ámbitos de la ciencia y la cultura del País Vasco. Importantes invitados extranjeros han aportado su presencia y conocimientos. Los mejores profesores y catedráticos de nuestras universidades

* Doctor en Historia. Departamento de Historia Contemporánea. Universidad de Deusto.

han estado presentes. Algunas listas de inscripción roncaron el millar de participantes. Hubo Congresos, como el de Historia, que contaron con más de 180 comunicaciones, etc.

Por algunas de estas razones, es inviable cualquier comparación con el I Congreso Vasco realizado en el exilio parisino casi «con lo puesto». Además, si releemos las conclusiones de aquel Congreso, celebrado del 23 al 29 de septiembre de 1956, es notoria la carga dramática (a veces patética) de su contenido emocional y voluntarista, muy por encima de sus reales posibilidades científicas.

Aquello fue una llamada angustiosa de socorro, hecha por una comunidad que sentía vitalmente el riesgo de desaparecer como tal, diluyéndose entre la represión política y cultural del interior, y la diáspora del exilio. No en vano, la primera conclusión del Congreso sería para agradecer la acogida dispensada a los vasco-republicanos en los distintos países de Europa y América. La segunda era una recapitulación de los derechos humanos y políticos que el franquismo negaba. Y la tercera se abría con un apremiante llamamiento en demanda de ayuda para que «el pueblo vasco pudiera recobrar su libertad».

Las conclusiones, y en general todo el Congreso de 1956, en un momento auténticamente grave para los intereses de los organizadores, giraban en torno a ¿qué podía hacer el mundo por los vascos?

Treinta años después, cuando mal que bien el proceso autonómico español es una realidad y se han reconocido formalmente los principales ingredientes de la identidad vasca, el II Congreso tiene necesariamente otras justificaciones. Como reconoce el Gobierno Vasco, en la propaganda institucional del Congreso: «Muchas industrias están en declive. La economía no encuentra salidas. La sociedad parece haber perdido su Norte». Es decir, no faltan problemas.

Pero sería ingenuo relacionar la urgencia de soluciones que deben buscarse diariamente, sin ninguna dependencia de las sesiones congresuales, con lo que pueda aportar este Congreso a corto plazo.

Por lo pronto, las sesiones, con realismo y sin ambiciones excesivas, se han limitado a afrontar lo único que realmente estaban en condiciones de afrontar: un intento serio de inventariar el momento actual de los conocimientos y la ciencia vascos. ¡Y si se nos permite, cualquier otra especulación, en estos momentos, carece de base.

En este sentido, el Congreso se ha esforzado en reunir a un número mayoritario de estudiosos e investigadores, en medio de una sociedad crispada y en crisis, pero obligada a pensar en futuro.

Por eso, la interrogante que pudiera plantear el Congreso de 1987 es sustancialmente distinta de la de 1956. Ahora la cuestión podría ser ¿qué pueden hacer los vascos por sí mismos?

En ella quedan implícitos treinta años en los que se ha pasado de la indigencia política a la posibilidad de autosuficiencia. Posibilidad que el Congreso ha sometido a prueba y de la que está obli-

**LA REALIDAD
DEL
PROCESO
AUTONÓMICO**

gado a rendir balance puntual y sincero, con todas las consecuencias.

Si las cosas se han hecho de manera honesta y razonable, el diagnóstico elaborado por el Congreso sobre nuestra situación debería ser válido y utilizable en cualquier caso. Si ello fuera así, evitándose con madurez e inteligencia caer en burdos triunfalismos, este Congreso de la era autonómica habría servido para corregir lo necesario y señalar la dirección de otra perspectiva: la del III Congreso.

En él los nuevos objetivos deberían estar condicionados por otro salto cualitativo y las cuestiones, dando la vuelta completa a 1956 y cerrando el ciclo de la aportación vital y cultural del pueblo vasco a su entorno, deberían tener en cuenta ¿qué pueden hacer los vascos por los demás?

El Congreso de Historia

CASI todas las consideraciones que hemos hecho a propósito del Congreso en general, pueden ser aplicadas al de Historia, celebrado en Bilbao en la primera semana de diciembre de 1987.

Sin embargo, y como es natural, este último ha tenido sus propias características. No hace mucho, el historiador Juan Pablo Fusi se mostraba preocupado por el desconocimiento que el pueblo vasco tenía de su propia historia. Y añadía: «no es preocupante además que sepa poco, lo grave es que lo que sabe lo sabe mal»¹. Lógicamente, esta situación le parecía a Fusi sumamente irónica en un pueblo que presume de haber conservado su identidad y su memoria colectiva desde tiempos inmemoriales.

No sabemos si lo sucedido en Bilbao, en los primeros días de diciembre, habrá servido para modificar el juicio de este autor. Pero lo cierto es que el de Historia ha resultado, en su tono y participación, uno de los más aparentes de todo el II Congreso Vasco.

CIFRAS Y VOCACIONES

Con más de 800 participantes, algunos importantes invitados extranjeros[^] veintisiete ponencias, obra de otros tantos especialistas, y un auténtico récord de comunicaciones, el Congreso de Historia ha puesto de manifiesto una sorprendente vitalidad historio-gráfica y ha reunido en torno suyo una notable expectación.

Aunque, como luego veremos, no todo haya sido perfecto, el Congreso de Historia cuenta entre sus méritos principales el enorme esfuerzo organizativo realizado por su Comité encargado.

Estuvo Separado en dos secciones: Prehistoria, H.^a Antigua y Media, por un lado; y por otro, Edades Moderna y Contemporánea. En ambas secciones, como reza el tópico, los historiadores vascos rivalizaron en sus esfuerzos por abarcar todos los períodos de la Historia del país.

Especialistas en Prehistoria e H.^a Antigua, medievalistas, expertos en H.^a de las Instituciones y en H.^a de la Iglesia, estudiosos y conocedores de los problemas fórales y de los enfrentamientos en-

¹ El Correo Español—El Pueblo Vasco, de 5-4-1987.

tre carlistas y liberales, junto a historiadores de la problemática contemporánea, han aportado lo mejor de su obra al contrapunto del Congreso. Aunque en la nómina de autores pueda echarse en falta algún nombre importante, no es menos cierto que frente a la abrumadora mayoría de los que han respondido a la ocasión no han supuesto mayor contrariedad.

Casi todos los ponentes estuvieron de acuerdo en afirmar que esta eclosión cuantitativa se corresponde con todo un período sociológico de la vida de este país, en el que los valores históricos y políticos han estado en primera fila de las preocupaciones sociales.

La búsqueda de la identidad vasca, la lucha por la lengua y la cultura, el enfrentamiento político, sindical y social a la dictadura, o el mismo reflejo de los movimientos sociales originados en todo el mundo desde la 2.^a Guerra Mundial, han sido los ingredientes que han marcado vocacionalmente a una generación i de vascos, propiciando el interés por la Historia.

A partir de aquí deberíamos esforzarnos en evitar que una oportunidad tan favorable pudiera resolverse en un espejismo emocional, tras el cual la cantidad disculpe a la calidad. Pagaríamos así un caro tributo a la falta de una mayor y más profunda reflexión sobre el papel de la Historia en nuestra cultura y sociedad.

En este sentido, el Congreso precisamente ha demostrado lo conveniente que era realizar esta parada y puesta en común. La misma vitalidad potencial del Congreso hace pensar ahora en la posibilidad de su realización, con independencia del patrocinio del Congreso Vasco, si para ello hubieran existido la iniciativa y los organismos adecuados.

Y por las mismas razones, sería muy conveniente no desperdiciar esta potencialidad, planteando la posibilidad de próximos encuentros de historiadores, sin que sea necesario esperar una convocatoria institucional del calibre de un Congreso Mundial Vasco.

A priori podía esperarse el tratamiento en el Congreso de algunos problemas latentes, discutidos desde las diferentes tendencias historiográficas supuestamente presentes. Sin embargo, las diferencias en los debates rara vez han desbordado el interés concreto por las cifras o datos, o la matización puntual de alguna comunicación.

Quizá sea ello debido a la poca fijación que, según se ha demostrado, existe entre los historiadores vascos en cuanto al seguimiento claro de distintas escuelas. Salvo en contadas excepciones, no puede hablarse de escuelas historiográficas nítidas. Se registran tendencias, aportaciones eclécticas, abundante positivismo, tanteos tímidos y temerosos. Y en muchos casos, poco compromiso.

Por otro lado, en cambio, es evidente que el Congreso ha certificado un hecho hace tiempo consolidado: el de la sustitución de la tradición legendaria y romántica, de tan severo peso en la historiografía vasca, por el método científico histórico experimentado en Europa desde principios de siglo. No por ello, sin embargo, el Congreso se ha visto liberado del síndrome de identidad, heredado

ESCUELAS Y SÍNDROME DE IDENTIDAD

de aquella tradición, defendido por el nacionalismo tardío y presente en no pocas intervenciones.

También ha sido patente, en general, la preocupación, poco científica, por otra parte, de poner la Historia al servicio de una mejor imagen de lo vasco. Todo esto no deja de ser una remora del pasado que precisamente un Congreso de Historia debe esforzarse por racionalizar y encuestar científicamente en toda su dimensión, pero no para justificarlo o justificar a nadie a través de él.

TEORÍA Y MÉTODO HISTÓRICO

Desde otro ángulo, y dada la vitalidad de nuestra producción histórica, se ve necesaria una profunda ordenación teórica, que, de haber existido previamente, hubiera evitado una cierta sensación de confusión y algunas dificultades en la clasificación de comunicaciones.

Para ello el propio Congreso podría haber organizado una de sus secciones, dedicándola a reflexionar y teorizar sobre la Historia en sus posibilidades científicas, en su método y en su justificación social y cultural.

Pero, tal como ha dicho Barraclough, si hay alguna tendencia dominante entre los historiadores actuales más marcada que otra, es precisamente la de desechar la filosofía de la Historia como irrelevante para sus quehaceres. Naturalmente esto es un grave error que, sin embargo, suele ser renovado casi por cada Congreso de Historia.

Y así, tras el abandono de la preocupación teórica, no sabemos, más allá de las frases bien intencionadas de algunos historiadores que tratan de justificar su oficio, si la Historia que hoy se escribe sirve realmente para establecer un conocimiento científico del pasado, y si este conocimiento está influyendo o no, y cómo, en los que se ocupan del presente y el futuro, es decir, en políticos, economistas, sociólogos, juristas, etc.

UN CIERTO OLOR A RANKE

Por las mismas razones, el Congreso ha sufrido, sin inmutarse apenas, el triunfo de la historiografía positivista. Una gran mayoría de ponencias y comunicaciones representaron a esta tendencia. Y, desde la misma mesa, se llegó incluso a proponer una historiografía de «microhistoria», y a solicitar la descripción de los hechos «con todo género de detalles», dejando de lado cualquier otra «vaguedad».

Resulta sorprendente que este tipo de historia, desplazada en buena parte del resto del inundo y responsable, en buena medida, de la crisis historiográfica actual, sea todavía objeto de proposición abierta sin que, salvo excepciones, reciba «in situ» respuesta adecuada.

La Historia de detalles, en términos generales, alcanza un grado aceptable en sus aspectos descriptivos, cuando éstos no llegan a ser insostenibles. Rara vez olvida anotar una cifra, porcentaje, o variable económico-comercial, sea ésta significativa o no. Sumariamente es una importante tarea de base. Pero no es suficiente.

Sólo cuando se utilizan los datos para describir las relaciones

históricas, los períodos de transición, la crisis, etc. y se hace de modo adecuado, expresando los intereses humanos individuales, sociales o de clase, estamos ante la buena Historia. Si a ello añadimos el esfuerzo o el compromiso, que pedía Fontana, para hacer que la Historia deje de ser un conocimiento libresco y funcione como herramienta útil, habremos empezado alguno de nuestros urgentes deberes.

La Historia es el encuentro/confrontación del hombre en sociedad con la naturaleza, del que va dejando rastros humanizados. Pero es, sobre todo, la explicación de la relación hombre-hombre, de sus formas sociales de organización dominación/liberación, de su amor/odio, y del paso de unas a otras. Y es también la crónica de sus experiencias y expectativas de cambio y mejora. La historiografía netamente positivista olvida estas consideraciones y se aplica, en exclusiva, a levantar actas minuciosas del pasado, dejando a los hechos que hablen por sí solos. Se llenan así páginas enteras de largas y aburridas listas de cifras, que han venido a sustituir a las antiguas relaciones de fechas, bodas y bautizos dinásticos. Y estas páginas en contadas ocasiones finalizan con conclusiones que no sean, a su vez, positivistas. Constituyen un relato histórico desideologizado.

Estas importantes cuestiones de fondo y forma, de método y teoría histórica, han estado ausentes del Congreso. Sólo en una ocasión, y accidentalmente, uno de los ponentes, el profesor F. García de Cortázar, al contestar a una intervención, expresó claramente su filiación en un método historiográfico distinto del predominante en el Congreso, y rechazó expresamente este método positivista para defender una Historia de conclusiones y propuestas frente a una de hechos.

Una falta de previsión ha impedido seguramente que este Congreso de Historia del País Vasco pudiera enfrentar estas cuestiones, más importantes y candentes de lo que se cree. Casi todos los historiadores son conscientes de que, tarde o temprano, deben afrontar una justificación teórica de su profesión. Eludir esto y dejar pasar un Congreso (que para el País Vasco podía efectivamente haber sido histórico) no sólo retrasa, sino que dificulta las soluciones, colocando a esta disciplina al borde del mismo abismo por donde han caído materias como las Lenguas Clásicas, la Filosofía, etcétera.

Otra de las cuestiones que parecen obviar constantemente los Congresos de Historia es la de su relación con la Enseñanza, es decir, con la educación social normalizada. Sin embargo, resulta abrumador el número de historiadores que se ven obligados, por meras razones de subsistencia, a desdoblarse en funciones docentes generalmente universitarias. En el Congreso Vasco ¡la mayoría de los ponentes y comunicantes pertenecían a este grupo. Y prácticamente la totalidad del resto eran estudiantes de Historia, y por lo mismo, aspirantes futuros a la docencia como única salida profesional a su vocación.

**UNA
OCASIÓN
HISTÓRICA**

**HISTORIA Y
EDUCACIÓN**

La problemática que conlleva esta situación apenas es tenida en cuenta ni en encuentros de historiadores, ni de educadores profesionales. Quizá por eso, la relación entre Historia y Enseñanza viene arrastrándose, como buenamente puede, entre viejos planes de estudio y técnicas didácticas anticuadas. Desde esta perspectiva es necesario plantearse seriamente la situación y el papel de la Historia y los historiadores en la Enseñanza especializada.

Este Congreso podía haber dedicado otra sección a este problema que gravita sobre el futuro de la Historia como oficio docente. Si la demanda educativa no se ve correspondida por una semejante oferta avanzada y de calidad, el interés por los estudios históricos puede pasar de la crisis actual a la descomposición galopante.

Como se ha dicho reiteradamente, la docencia de la Historia no ha variado en sustancia desde hace mucho tiempo. No se han agilizado suficientemente los planes de estudio y las fórmulas pedagógicas. La Universidad, en especial, sigue ofreciendo una tenaz resistencia a la incorporación de los nuevos métodos activos de enseñanza y a las demás innovaciones experimentadas en niveles educativos inferiores. De este modo, limitándose a reproducir el ideal clásico de una formación individual mediante la acumulación de conocimientos acrícticos, provoca la indiferencia y el desinterés de la mayoría.

CONCLUSIÓN

Para finalizar: no quisiéramos haber hecho una descripción excesivamente pesimista del Congreso Vasco. Todo lo contrario. De hecho, la mera iniciativa de su organización debe ser saludada, en principio, con optimismo y esperanza. Pensamos que ocasiones como ésta, en la que han tenido oportunidad de participar muy diversas personas y de muy lejanos lugares, deben potenciarse, repetirse y normalizarse en la vida cultural vasca. No se trata de montar escaparates ni de organizar ferias de muestras intelectuales, sino de favorecer el intercambio y el conocimiento mutuo de ideas y opiniones. Lugares de encuentro, discusión y debate. Como tales sean bienvenidos. Para que aprendamos en ellos y podamos seguir avanzando.